

## En el umbral del cambio

Los españoles nos encontramos en un momento serio de nuestra historia. Las cosas van mal. Y no sirve de nada hacer el avestruz y esconder la cabeza bajo el ala del optimismo fácil. Nos encontramos ante una grave crisis económica, social y política, coincidente con un tiempo en que finaliza una etapa histórica. Y la organización de nuestra vida colectiva no es la más apropiada para hacer frente a tal situación. Tienen, pues, que producirse cambios; pero estos cambios, si han de ser útiles y eficaces, deben ser los cambios necesarios, no los cambios posibles. En nuestra vida pública se repite con excesiva frecuencia esa gran banalidad abstracta de que la política es el arte de lo posible. ¿Qué es lo posible? Tal vez tuvieran mucho más sentido y, por supuesto, mucha más imaginación, los protagonistas del mayo francés de 1968, cuando escribieron en un "graffiti": "Seamos realistas, pidamos lo imposible." Cuando alguien comienza a decirnos que está haciendo lo posible, mal va la cosa. Debe hacerse lo necesario y la política es el arte de conseguir que lo necesario sea posible.

Ahora bien; para lograr esto último se necesita, ante todo, saber lo que es necesario y, luego, querer conseguirlo. Ambas cosas no se dan fácilmente, y menos, juntas en la misma persona. Pero, para saber lo que es necesario, ayuda mucho el consenso mayoritario de los ciudadanos; y para querer conseguirlo, es primordial la actitud de querer servir a ese consenso mayoritario. Lo cual es, en esencia, lo que constituye el espíritu democrático. Cuando el consenso mayoritario de un país quiere tal o cual cosa, el político demócrata no puede negarse a ello con el argumento de que no es posible. Puede que, efectivamente, no lo sea. Pero sólo podemos decirlo cuando previamente se ha intentado. Hasta en los pequeños infusorios, venía a decir el biólogo Jennings, la vida se rige por la ley de "ensayo y error". Los organismos, y también las sociedades, han de ensayar muchos movimientos y muchas iniciativas antes de acertar a situarse en un medio favorable. Pero si se suprimen los ensayos, por miedo al error, deviene la petrificación, el inmovilismo y, en una palabra, la falta de vida. Las sociedades tienen que ensayar soluciones para los problemas planteados y cuando una mayoría se inclina por una de esas soluciones no puede nadie venir a impedirlo con el argumento de que es imposible. Sólo la práctica democrática nos mostrará si ello es así o no, y nadie debe suplantar dicha práctica.

En estos momentos los españoles estamos viviendo el caso de las asociaciones políticas. Todo indica que la gran mayoría de españoles reclama su derecho natural a la asociación política, como corresponde a cualquier pueblo libre. A ello se respondió, para empezar, que debería hacerse en forma de asociaciones, porque los partidos políticos no son compatibles con nuestras actuales

Leyes Fundamentales. Esta primera respuesta requiere un primer reparo: lo que digan las Leyes Fundamentales no es definitivo y lo primordial es la voluntad de la mayoría de los españoles. Por consiguiente, si la mayoría de los españoles quisieran partidos políticos y éstos no caben en el marco de nuestras leyes, lo lógico y democrático es cambiar las leyes y no ignorar a los españoles. Porque es de todo punto evidente que las Constituciones se hacen para los pueblos y no los pueblos para las Constituciones. Los pueblos tienen el derecho y el deber de ensayar las formas políticas que mejor le parezcan en cada momento histórico y nadie, absolutamente nadie, tiene la menor legitimidad para oponerse a la voluntad de la mayoría del pueblo. Sostener lo contrario es servir, de forma consciente o inconsciente, a cualquiera de las tiranías de diverso signo que en el mundo han sido.

En segundo lugar, ese derecho de asociación ha quedado tan limitado por la intervención del Consejo Nacional del Movimiento que, en realidad, es el derecho de una determinada clase de españoles, coincidente en ciertos supuestos ideológicos. El Gobierno parece ser que intentó sacar adelante un proyecto más liberal, pero, según el propio Presidente, ello no fue posible. ¿Podríamos saber los españoles quiénes han hecho imposible lo que era necesario, porque de ellos será la responsabilidad de lo que ocurra por tal entorpecimiento y veto.

La hora no está para componendas. La sociedad española, que cuenta con un grado notable de modernización en el orden industrial y urbano, y que ha adquirido unas formas de vida bastante secularizadas, se encuentra con una organización política desfasada. Es preciso poner a punto esa organización, con un funcionamiento pleno de todas sus instituciones. Resulta alarmante oír con frecuencia las apelaciones a una sola institución, el Ejército, como garantía de salvación del país. El Ejército es una institución fundamental, pero en el país se precisan otras instituciones civiles, eficaces y en buen funcionamiento, para que las cosas marchen. Sin ellas, ninguna sociedad puede prosperar en orden, y aquí es preciso reconocer que muchas de nuestras instituciones languidecen a ojos vistas. Las Cortes, la Universidad, las Diputaciones, los Ayuntamientos, los Sindicatos no están al nivel del tiempo. Las Cortes, que deberían ser el gran órgano de la participación política de los ciudadanos en la vida pública, no despiertan interés ni siquiera entre los mismos procuradores, muchos de los cuales no aparecen nunca por las salas de sesiones, salvo para aplaudir y votar afirmativamente en los plenos. Estos plenos no tienen atractivo, porque ya se sabe que allí todos votan "sí" a lo que sea. Cuando alguna vez se ha llegado a producir un 10 por 100 de votos en contra, la sesión se considera insólita y el proyecto de ley, vaporeado.

En cuanto a las comisiones, la mayoría de las veces no existe quórum, y la ponencia, designada de acuerdo con el poder ejecutivo, suele salirse con la suya. No es de extrañar, pues, que el país no se sienta identificado con lo que allí se trata, y lo que allí se trata es únicamente lo que el Gobierno envía. Nadie puede ir muy lejos con tales Cortes y lo mismo ocurre con las Diputaciones o los Ayuntamientos.

La Universidad, a su vez, carece de los medios para investigar y proporcionar una docencia moderna, su presencia en la vida del país es mínima y sólo parece estar presente cuando se trata de la manifestación y la asamblea o del cambio de calendario. Pocas cosas se dan más tristes que una junta de gobierno de Universidad, porque, salvo burocratismos kafkianos, allí no se gobierna nada: el Ministerio, sabiamente, lo regula todo y la autonomía universitaria es cero. La vida sindical corre pareja suerte. La Organización Sindical es un colosal complejo burocrático incapaz de hacer frente a los problemas planteados por unas relaciones industriales modernas. Basta contemplar lo que ocurre con las huelgas y conflictos de cada día para ver la inadecuación de tal aparato burocrático.

Esta es la desnuda verdad y aquí radica el nudo de la cuestión. Con una grave crisis económica encima; con el paro en aumento alarmante; con la mayoría de la población alejada de la participación política y con el sentimiento de no tener ninguna responsabilidad en las decisiones que se están tomando; y sin una presencia española seria en las decisiones importantes del mundo internacional, ya sea el Mercado Común, la NATO, el Fondo Monetario, la política petrolífera o los países iberoamericanos, ¿es admisible perder el tiempo acerca de si el "Movimiento" debe entenderse como "organización", "comunidad" o "institución"? ¿Cabe imaginar que, con tan graves problemas pendientes, el Consejo Nacional del Movimiento consuma sus energías en decidir si se quita o se pone la referencia a un artículo del Fuero de los Españoles? Sin embargo, por ahí andan las preocupaciones políticas, mientras por todo el país se extiende una corrupción pocas veces alcanzada.

La hora, pues, es grave. Necesitamos afrontar un cambio evolutivo con la máxima energía, si no queremos desembocar, de modo ineludible, en un cambio violento. Pero el cambio evolutivo, en cuyo umbral estamos, sólo es pensable desde una democratización plena de nuestra vida política. A eso es a lo que hay que dedicarse, y en esa dedicación radica el auténtico patriotismo. Por la vía del inmovilismo, la nostalgia y la intolerancia autoritaria, sólo podemos abocar a la catástrofe. Y ya está bien de catástrofes. Evitemos una nueva por la vía democrática. El año 1975 puede ser decisivo.

LUIS GONZALEZ SEARA